

CCIX

-¡Roldán amigo, valiente, hermosa juventud! Cuando yo esté en Aquisgrán, en mi capilla, acudirán mis vasallos y me pedirán nuevas. Y yo se las diré, extrañas y duras: "¡Ha muerto mi sobrino, aquel que tantas tierras me hizo conquistar!" Contra mí se rebelarán los sajones, los húngaros y los búlgaros, y tantos otros pueblos malditos; los romanos y los de Apulla y todos los de Palerna, los de Africa y los de Califerna. ¿Quién conducirá tan valerosamente mis ejércitos, ahora que él ha muerto, él, que siempre nos guiaba? ¡Ah, Francia, cómo quedas desolada! ¡Es tan grande mi dolor que ya no quisiera vivir más!

Y se mesa su barba blanca. Con ambas manos se arranca de su cabeza los cabellos. Cien mil franceses contra la tierra desfallecen.

CCX

-¡Roldán amigo, que Dios haya merced de ti! ¡Que tu alma esté en el Paraíso! ¡El que te ha muerto, es a Francia a quien sumió en la desgracia! Tanto es mi duelo que quisiera dejar de vivir. ¡Oh, mis caballeros, que por mí habéis muerto! ¡Quiera Dios, el hijo de Santa María, acordar que mi alma, antes de llegar a los grandes puertos de Cize, se separe de mi cuerpo este mismo día, y sea puesta entre vuestras almas, y mi carne enterrada cerca de vosotros!

Llora y se mesa la barba blanca. Y el duque Naimón dice:

-¡Grande es la angustia de Carlos!

CCXI

-Señor emperador -dice Godofredo de Anjou-. ¡No os entreguéis tan por entero a este dolor! Por todo el campo, haced que busquen a los nuestros, que los de España han matado en la batalla. Mandad que los lleven a una misma fosa.

-Tañed vuestro cuerno -dice el rey-, para dar la orden.

CCXII

Godofredo de Anjou ha tañido su cuerno. Los francos descienden del caballo. Carlos lo ha ordenado. A todos sus amigos que hallan muertos, los van llevando luego a una misma fosa. Hay en sus huestes obispos y abades en gran número. Hay monjes y canónigos y clérigos tonsurados. Y en nombre de Dios los absuelven y les dan la bendición. Ellos queman mirra y tomillo. A todos les inciensen gallardamente, y después con gran honor, los entierran. Luego, allí los dejan; ¿qué podrían después hacer por ellos?

CCXIII

El emperador hace aparejar para el entierro a Roldán, a Oliveros y a Turpín el arzobispo. Ante sus ojos a los tres los ha hecho abrir. Manda poner sus corazones en un sudario de seda y encerrarlos en un blanco sarcófago de mármol. Después toman los cuerpos de los tres barones y, bien lavados con esencias y con vino, se les envuelve en pieles de ciervo. El rey llama a Tibaldo y Gebuino, al conde Milón y a Atón, el marqués:

-Conducidlos en tres carros.

Bien los cubren con lienzos de seda de Galacia.

CCXIV

El emperador ya quiere regresar, cuando ante él aparecen las vanguardias de los infieles. De la tropa más cercana vienen dos mensajeros. En nombre del emir, le anuncian la batalla:

-Rey orgulloso. Nada te valdrá para volverte. ¡Mira a Baligán que cabalga tras de ti! Grandes son los ejércitos que él trae de Arabia. ¡Antes de la noche veremos cuán cierta es tu valentía!

Carlos, el rey, se sujeta la barba y recuerda su duelo y lo que ha perdido. Lanza a lo lejos una fiera mirada sobre toda su gente y grita con voz alta y fuerte:

-¡Barones franceses! ¡A caballo y a las armas!

CCXV

El emperador es el primero en armarse. Con presteza se ha endosado la loriga, se ata el yelmo y se ciñe a Gozosa, de quien el mismo sol no logra menguar la claridad. Cuelga de su cuello un escudo de Biterna, y toma y blande la lanza. Después monta en Tencedor, su buen caballo: lo conquistó en los vados de Marsuna, al desazonar y derribar muerto a Malpalín de Arbona. Suelta las riendas al caballo. Le espolea con ahínco y se lanza al galope. Le contemplan cien mil hombres. Ha invocado a Dios y al apóstol de Roma.

CCXVI

Por todo el campo los de Francia ponen pie a tierra, y más de cien mil se aparejan a la vez. Poseen equipajes a su gusto, son vivos sus caballos, muy bellas son sus armas. Montan con gran destreza. Si es llegada la hora, ellos sabrán sostener la batalla. Penden sus gonfalones hasta rozar los yelmos. Cuando ve Carlos aquella tan gentil apostura, llama a Jocerán de Provenza, al duque Naimón y a Antelmo de Mayenza, y les dice:

-Podemos confiar en tales caballeros. ¡Bien loco será el que se arroje en medio de ellos! Si los árabes no renuncian a venir, creo cobrarme muy cara la muerte de Roldán.

-¡Que Dios nos lo conceda! -responde el duque Naimón.

CCXVII

Llama Carlos a Rabel y a Guinemán. Así habla el rey:

-Señores, yo os lo mando. Ocupad los puestos de Roldán y de Oliveros. Que el uno lleve la espada y el otro el olifante, y cabalgad los primeros, al frente. Con vosotros quince mil de los francos, todos bachilleros, y valientes entre nuestros valientes. Tras ellos avanzarán otros tantos: Gebuino y Guinemán tendrán por jefes. Naimón el duque y Jocerán el conde formarán en bello arreo estos dos cuerpos de batalla.

Si la hora llega, la lucha será grande.

CCXVIII

Los dos primeros cuerpos de batalla se componen de franceses. Después se establece el tercero; en éste están los vasallos de Baviera. Se estima su número en veinte mil caballeros. Por su lado no ha de flaquear ni una línea de batalla. No hay bajo el cielo gente que Carlos quiera tanto, aparte los de Francia, conquistadores de reinos. El conde Ogier, el danés, el buen guerrero, los mandará, pues es esforzada gente.

CCXIX

Tres cuerpos de batalla tiene ya el emperador Carlos. Naimón, el duque, forma el cuarto, de barones llenos de valor. Son de Alemania, y todos los estiman en veinte millares. provistos están de buenos corceles y de buenas armas. Jamás por miedo de la muerte pondrán pies en polvorosa. Germán, el duque de Tracia, los conduce. Morirá antes que cometer cobardía.

CCXX

Naimón el duque y Jocerán el conde han formado con normandos el quinto cuerpo de batalla. Son veinte mil, según estiman los franceses. Poseen bellas armas y veloces caballos. Morirán antes que rendirse. Bajo el cielo no hay pueblo que mejor se comporte en la batalla. Los guiará Ricardo el Viejo. El asestará buenos golpes con su tajante lanza.

CCXXI

El sexto cuerpo de batalla está nutrido por bretones. Hay allí treinta mil caballeros. Todos cabalgan como verdaderos barones; llevan lanzas con el asta pintada, sus gonfalones al viento. Eudes se llama su señor. Él llama al conde Nevelón, a Tibaldo de Reims y a Atón el marqués:

-Guiad mi gente. Os confiero este honor.

CCXXII

Seis cuerpos de batalla tiene ya el emperador. El duque Naimón establece entonces el séptimo. Se compone de potevinos y de barones de Auvernia. Pueden ser cuarenta mil caballeros. Buenos caballos poseen, y son sus armas muy bellas. Se forman aparte en una hondonada al pie de un otero, y Carlos los bendice con su mano derecha. Jocerán y Gaucelmo serán quienes los conduzcan.

CCXXIII

Y el octavo cuerpo de batalla lo ha formado Naimón, de flamencos y barones de Frisa. Son más de cuarenta mil caballeros. Allí donde ellos estén no flaqueará jamás la batalla. El rey dice:

-Éstos bien me han de servir.

Ellos dos, Reinalte y Aimón de Galacia, los guiarán como buenos caballeros.

CCXXIV

Naimón y el conde Jocerán han formado de valientes el noveno cuerpo de batalla. Son los de Lorena y Borgoña. Tienen cincuenta mil caballeros bien contados, atado el yelmo, endosada la lorica. Llevan fuertes lanzas, de astas cortas. Si los árabes no rehúsan el combate, ellos bien las blandirán cuando carguen contra ellos. Los conducirá Terrín, el duque de Argona.

CCXXV

El décimo cuerpo de batalla lo forman los barones de Francia. Son cien mil de nuestros mejores capitanes. Gallardos son sus cuerpos, fiero su talante, floridas sus cabezas, blancas sus barbas. Van revestidos de cotas y lorigas de doble tejido de mallas, y ciñen espadas de Francia y de España. Sus escudos bien labrados ostentan diversos emblemas. Después montaron a caballo y reclaman la batalla, gritando:

-¡Montjoie!

Carlomagno está con ellos, Godofredo de Anjou lleva el oriflama. Estuvo en San Pedro, y se llamaba Romano, pero ya cambió su nombre por Montjoie.

CCXXVI

De su caballo descende el emperador. Sobre la verde hierba se postra, rostro contra tierra. Vuelve la faz hacia el sol levante, y de todo corazón invoca a Dios:

-¡Padre verdadero, guárdame en este día, Tú que salvaste a Jonás y lo sacaste del vientre de la ballena; Tú que perdonaste al rey de Nínive y libraste a Daniel del terrible suplicio de la fosa donde estaba con los leones; Tú que protegiste a los tres niños en el horno ardiente! ¡Que tu amor nos asista en este día! ¡Por tu gracia, si así te place, concédeme que pueda vengar a mi sobrino Roldán!

Acabadas sus preces, se yergue, y persigna su frente con la señal todopoderosa. Después sube a su silla sobre el veloz caballo. Naimón y Jocerán le han sostenido el estribo. Toma su escudo y su lanza tajante. Noble es su cuerpo, gallardo y de bella prestancia. Claro y confiado su rostro. Luego cabalga firme sobre los estribos. Delante y detrás suenan los clarines. Más alto que ninguno resuena el olifante. Por piedad de Roldán lloran los franceses.

CCXXVII

Muy noblemente cabalga el emperador. Sobre su pecho, fuera de la lorica, expande su barba. Por amor a él, hacen lo mismo todos los demás: por esto se reconocerán los cien mil franceses. Cruzan, llenos de angustia, los montes y las alturas rocosas, los profundos valles, los desfiladeros. Ya salen de los puertos y de las tierras áridas. Ya entran en España y se quedan en medio de un llano.

Hacia Baligán han vuelto sus vanguardias. Un sirio le dice el mensaje:

-Vimos a Carlos, el rey orgulloso. Fieros son sus hombres: no sabrían flaquear. Armaos. Ahora mismo tendréis batalla.

-Hermosa se anuncia -responde Baligán-. Tañed los clarines para que lo sepan mis infieles.

CCXXVIII

Por todo el ejército hacen tañer sus tambores, y sus bocinas, y las trompas, alto y claro. Echan pie a tierra los infieles para revestirse de sus armaduras. El emir no quiere mostrarse el más lento; se viste una lorica en que los paños son azulados, y se sujeta el yelmo, guarnecido de oro y pedrería. Después se ciñe la espada al costado izquierdo; en su orgullo, le han dado un nombre. El oyó hablar de la espada de Carlos, y llama a la suya Preciosa. y ¡Preciosa! es su grito de armas en batalla. Lo hace pregonar a sus caballeros, y se cuelga después, del cuello, un grande y ancho escudo. La bloca es de oro, los bordes de cristal. La correa es de buen paño de seda, con círculos bordados. Toma la lanza, por él llamada Maltet; el asta, del grosor de una maza; su hierro bastaría para cargar un mulo.

Baligán ha montado sobre su corcel. Marcules de Ultramar le sostiene el estribo. Tiene el emir ancha la horcajadura, estrechos los flancos y anchos los costados; grande el pecho y bien conformado; fuertes los hombros, la tez muy clara y el rostro fiero. Su cabellera ondulada, tan blanca como la flor de primavera; y su valentía, cuántas veces bien la ha probado. ¡Dios, qué barón, si él fuese cristiano! Pica las espuelas a su corcel; la sangre brota muy clara bajo la espuela. Toma su galope, salta un foso tan ancho que bien puede medir cincuenta pies. Los infieles gritan:

-¡Éste es el que está hecho para defender sus comarcas! ¡No hay un francés que venga a justar contra él que, quiera o no, no pierda su vida! ¡Muy loco está Carlos al no marcharse de aquí!

CCXXIX

El emir parece un verdadero barón. Es blanca su barba, como una flor. En su ley es hombre muy sabio, y en la batalla muy fiero y denodado. Su hijo Malprimis es gran caballero. Es de alta estatura y robusto; se parece a sus antepasados. Dice a su padre:

-Entonces, señor, ¡adelante! Si vemos a Carlos bien será una sorpresa.

-Le veremos -dice Baligán-, porque es muy valeroso. Muchos anales dicen de él grandes loores. Pero no tiene ya a su sobrino Roldán; no tendrá la fuerza de resistirse a nosotros.

CCXXX

-Bello hijo Malprimis -le dice Baligán-, el otro ayer fue muerto Roldán, el buen vasallo, y Oliveros, el valiente y esforzado, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. Veinte mil combatientes de los de Francia fueron muertos. Todos los otros no los cambio por el valor de un guante. En verdad, el emperador regresa. El sirio, mi mensajero, así me lo anuncia. Diez grandes cuerpos de batalla se aproximan. Muy valiente es aquel que sopla el olifante. Con el claro sonido de un cuerno le responde su compañero, y ambos cabalgan los primeros al frente; con ellos quince mil franceses, de los donceles que Carlos llama sus hijos. Otros tantos le siguen. Estos combatirán orgullosamente.

-Yo os pido una gracia -dice Malprimis-: que yo dé el primer golpe.

CCXXXI

-Hijo Malprimis -le dice Baligán-, yo os concedo lo que me habéis pedido. Iréis a acometer en esta hora a los franceses. Con vos irá Torleu, el rey persa, y Dapamor, el rey vilticio. Si podéis dar mate a su gran orgullo, yo os donaré un jirón de mis dominios, desde Cherián a Valmarqués.

-¡Gracias os doy, señor! -responde Malprimis. Se adelanta y recibe el don, la tierra que ahora pertenece al rey Florián. Jamás la podrá ver. Nunca será investido de ese feudo, ni será suyo.

CCXXXII

Cabalga el emir en medio de las filas de su tropa. Le sigue su hijo, el de alta estatura. El rey Torleu y el rey Dapamor disponen en la misma hora treinta cuerpos de batalla. Cuentan con caballeros en grandísimo número; el cuerpo menor ha cincuenta mil. El primero está formado de los Bozanta, y el segundo de los de Milcenia, de grandes cabezas; sobre sus espinazos, a lo largo de la espalda, tienen cerdas como los puercos. El tercero lo forman los de Nubia y de Blos, y el cuarto los de Brusia y Esclavonia. El quinto los de Sorabia y de Serbia, y el sexto los de Armenia y Mauritania. El séptimo los de Jericó, el octavo los de Nigricia, el noveno los kurdos y el décimo los de Balisa la Fuerte. Es una horda que jamás quiso el bien. El emir jura, por cuantos juramentos puede, por los milagros de Mahoma y por su cuerpo.

-¡Bien loco está Carlos de Francia, que cabalga hacia nosotros! Habrá batalla, si él no la esquiva. Ya nunca llevará la corona de oro.

CCXXXIII

Después forman otros diez cuerpos de batalla. El primero, de feos cananeos; han venido de Valfrutas por el atajo. El segundo, turcos; el tercero, persas, y el cuarto petchenecos. El quinto, los sulanios y los de Avers. El sexto, de ormalandos y egeos. El séptimo, los del pueblo de Samuel, y el octavo, los de Brusa. El noveno, los de Clavers, y el décimo los de Occitana la Desierta, casta que nunca sirvió a Dios. Jamás habréis oído hablar de peores felones. Tienen el cuero tan duro como el fierro; así no tienen que curarse de yelmo ni de cota. En la batalla son recios y tozudos.

CCXXXIV

El emir ordenó otros diez cuerpos de batalla. El primero está formado por gigantes de Malpersa. El segundo, por los hunos, y el tercero por los húngaros. El cuarto, por los de Bagdad la dilatada, y el quinto por los de Valpenosa, y el sexto, por los de Marasca, y el séptimo, por los lituanos y astrimonios, y el octavo, por los de Heraclea, y el noveno, por los de Clarbona, y el décimo por los de Fronda, los de luengas barbas. Es una casta que jamás amó a Dios. Las gestas de los francos cuentan treinta cuerpos de batalla. Grandes son su ejército, donde ya suenan las trompas. Los infieles cabalgan como valientes.

CCXXXV

El emir es muy poderoso señor. Por delante de él hace llevar un dragón, el estandarte de Tervagán y de Mahoma, y una imagen del felón Apolo. Diez cananeos cabalgan en torno, que van sermoneando en voz

muy alta:

¡El que por nuestros dioses quiera ser salvado, que les sirva y les ruegue con toda humildad!

Bajan la cabeza los infieles; sus yelmos resplandecientes se inclinan hacia la tierra. Y los franceses dicen:

-¡Pronto vais a morir, truhanes! ¡Pueda este día confundiros! ¡Vos, Dios nuestro, defended a Carlos! ¡Que en su nombre esta batalla sea ganada!

CCXXXVI

El emir es un jefe muy sabio. Llama a sus hijos y a los dos reyes:

-Señores barones, cabalgaréis en la vanguardia. Mis cuerpos de batalla los guiaréis todos; pero de éstos yo quiero retener tres de los mejores: el primero, de turcos; el segundo, de ormalandos, y el tercero de gigantes de Malpersa. Conmigo irán los de Occitana; son ellos los que atacarán a Carlos y a los franceses. Si el emperador me reta, yo he de arrancarle la cabeza de sus hombros. Y no le será dictada, ¡que bien lo sepa! ninguna otra ley.

CCXXXVII

Grandes son las huestes, bellos los cuerpos de batalla. Entre infieles y francos ya no hay monte, ni valle, ni otero, ni bosque, ni selva, que puedan esconder una tropa. Se miran cara a cara, a campo abierto. Baligán dice:

-Ahora, pues, mis infieles, cabalgad para buscar la batalla! Amborio de Oliferma lleva el pendón. Al verlo, gritan su nombre los infieles:

-¡Preciosa! -Que es su grito de armas.

Y los franceses gritan:

-¡Que este día vea vuestra pérdida!

Y gritan de nuevo con vigor:

-¡Montjoie!

El emperador hizo sonar los clarines y el olifante, que suena más claro que todos. Los infieles dicen:

-Gentil es la hueste de Carlos. Vamos a trabar una muy áspera y furiosa contienda.

CCXXXVIII

Ancho es el llano y la comarca a los lejos se descubre. Brillan los yelmos con pedrería engarzada en oro, y los escudos, y las lorigas bordadas, y las lanzas, y las insignias sujetas a los hierros. Resuenan los clarines, y sus voces son más claras. El olifante suena muy alto el toque de embestida. El emir llama a su hermano, Canabeu, el rey de Floridea, que poseen las tierras que llegan hasta Valservé, y le muestra los cuerpos de batalla de Carlos:

-¡Ved el orgullo de Francia, la muy alabada! El emperador cabalga muy gallardo. Va detrás con esos viejos que dejaron flotar sobre sus lorigas las barbas tan blancas como la nieve sobre el hielo. Éstos bien combatirán con sus espadas y sus lanzas; ruda y encarnizada tendremos la batalla; jamás vio nadie ninguna semejante.

Muy lejos, adelante de su tropa, mucho más lejos de lo que podría lanzarse una vara desnuda, cabalga Baligán. Y grita:

-¡Venid, infieles! ¡Pues yo iré derecho!

Blande su lanza y la vuelve contra Carlos.

CCXXXIX

Carlos el Grande, cuando ve el emir y el dragón, el estandarte y la insignia, y cuán grande es la fuerza de los árabes y cómo cubren toda la comarca, fuera del terreno que él posee, el rey de Francia exclama:

-¡Barones franceses! ¡Sois buenos vasallos; grandes batallas habéis sostenido! Mirad los infieles: son felones y cobardes. Toda su ley no les vale un denario. Si es numerosa su ralea, señores, ¿qué puede importarnos? Quien no quiera venir al instante conmigo, ¡que se vaya!

Luego azuza a su corcel con las espuelas. Tencedor salta cuatro veces, y los francos dicen:

-¡Este rey es un valiente! ¡Cabalgad, esforzados! ¡Ninguno de nosotros hemos de fallar!

CCXL

Claro fue el día, esplendente el sol. Bellos son los ejércitos, potentes los cuerpos de batalla. Los de vanguardia se enfrentan. El conde Rabel y el conde Guinemán sueltan las riendas y espolean vivamente a sus veloces caballos. Entonces los francos se lanzan a la carrera y comienzan a dar con sus jabalinas.

CCXLI

El conde Rabel es caballero atrevido. Hince en su corcel las espuelas de oro fino y acomete a Torleu, el rey persa. Ni loriga ni escudo resisten al golpe. Le hunde en el cuerpo su lanza dorada y lo abate muerto sobre un pequeño matorral. Los franceses dicen:

-¡Que Dios nos asista! El derecho está del lado de Carlos. ¡No debemos fallarle!